



## JESÚS, MODELO DE POBREZA

---

*Beati pauperes spiritu.*  
«Dichosos los pobres de espíritu.»  
(MATH., V, 3.)

**E**L espíritu, la virtud y la vida de Jesús son un espíritu, una virtud y una vida de pobreza, pero de pobreza absoluta y perpetua.

El Verbo eterno se desposó con ella en Belén; al hacerse hombre, comienza por lo que la pobreza tiene de más humillante y depresivo: la habitación de los animales; por lo que tiene de más rudo y grosero: el establo, el pesebre, la paja, el frío, la noche; nace lejos de todo auxilio y de toda vivienda humana. Para ser más pobre todavía, el Verbo encarnado nace durante un viaje, y ve que se le niega la hospitalidad á causa de la pobreza de sus padres.

Va luego á pasar una parte de su infancia en Egipto, en un país extranjero, enemigo de los judíos, para que sus padres se vean todavía más pobres y abandonados, si esto es posible. En Nazareth pasa treinta años ejercitando la pobreza: pobre en su residencia, pues basta ver la pobre Casa de Loreto para convencerse de ello; pobre en su mobiliario, que no



se compone sino de lo estrictamente necesario, de los muebles más sencillos y de que hacen uso los pobres; pruébalo la taza ó escudilla de la Santísima Virgen, que se ve en Loreto: sus vestidos son pobres también, pues la túnica, que puede ver cualquiera con sus propios ojos, es de lana burda, y los pañales en que fué envuelto al nacer son asimismo de tela basta y grosera: pobre y frugal es su alimento, fruto del trabajo de un pobre carpintero, que no puede ganar más que lo necesario.

En su conducta Jesús quiere aparecer igualmente pobre: se considera como el último de todos, y escoge siempre para sí el último lugar; respeta y honra á todo el mundo, como hacen los pobres; guarda silencio, escucha con humildad las instrucciones de la sinagoga, jamás hace alarde de sabiduría y ciencia extraordinarias, sino que hace la vida ordinaria de las gentes de su condición: parece un pobre por su aspecto, y como tal pasa olvidado é inadvertido.

En todo lo que hace y se proporciona, busca siempre para sí lo que hay de más pobre y modesto. Vedle en su vida evangélica: guarda su vestido de obrero, sus costumbres de vida pobre; ora arrodillado sobre el duro suelo; come el pan de cebada del pobre; vive de limosnas; viaja como los menesterosos, sufre como ellos, sin poder satisfacer muchas veces el hambre y la sed; su pobreza le hace despreciable á los ojos de los grandes y de los ricos; esto no obstante, no vacila en decirles: *Vae vobis divitibus*. ¡Ay de vosotros, oh ricos de la tierra!

Elige discípulos pobres como Él, les prohíbe que tengan dos túnicas, ni repuesto de provisiones, ni dinero, ni espada para defenderse.

Muere abandonado y despojado hasta de sus po-

bres vestiduras; se le sepulta con un sudario prestado, en un sepulcro ofrecido por la caridad.

Aun después de su Resurrección se aparece á los Apóstoles con el pobre y humilde aspecto de otras veces.

Finalmente, en el Santísimo Sacramento, el amor de la pobreza le conduce hasta velar la gloria de su divinidad, el esplendor de su humanidad gloriosa; para aparecer más pobre y no tener cosa que le pertenezca, se despoja allí de toda libertad y movimiento exterior, así como de toda propiedad ó dominio; hállase en la Eucaristía, como en las entrañas de su santa Madre, envuelto y oculto tras las santas especies, esperando de la caridad de los hombres la materia de su Sacramento, los objetos de su culto: he aquí la pobreza de Jesús; la amó, é hizo de ella su compañera inseparable.

## II

¿Por qué Jesucristo ha elegido constantemente tal estado de pobreza?

Primeramente, porque como hijo de Adán, asumió el estado de nuestra naturaleza desterrada, despojada de sus derechos sobre las criaturas; además, para santificar con su pobreza todos los actos de pobreza que habían de verificarse en su Iglesia: Se hizo pobre, para comunicarnos las riquezas del cielo, desasiéndonos de los bienes terrestres en vista del poco caso que de ellos hacia. Se hizo pobre, para que la pobreza, que es nuestro estado, nuestra penitencia y el medio de nuestra reparación, se hiciese para nosotros honorable, deseable y amable en



su persona. Se hizo pobre, para mostrarnos y probarnos su amor. Continúa pobre en el Sacramento, á pesar de su estado glorioso, á fin de ser siempre nuestro modelo vivo y visible.

De tal suerte que la pobreza, que en sí misma no es amable, dado que es una privación y un castigo, se ennoblece y aparece llena de encantos en Jesucristo, que hizo de ella la forma de su vida, el fundamento evangélico, la primera de sus bienaventuranzas, su heredera divina.

La pobreza fué santificada por Jesús, puesto que fué la gran virtud á que mostró especial predilección, y porque repara la gloria de Dios destruida por el pecado original y por nuestros pecados personales; la pobreza produce la virtud de la penitencia por las privaciones que impone; es la ocasión natural de esa otra virtud tan necesaria, la paciencia, que corona nuestras obras y las hace perfectas; es el alimento de la humildad, la cual se nutre con las humillaciones que siempre acompañan á la pobreza; supone gran dulzura y fuerza de carácter para sufrir largo tiempo, pues el sufrimiento sin consuelo y sin ningún auxilio benévolo, es su ordinaria consecuencia. Pero es necesario que la pobreza sea dulce, pues no se da nada á un pobre insolente; que sea deferente y respetuosa con aquellos de quienes espera algún socorro; que sea agradecida, y en esta condición estriba su poder; se necesita, finalmente, que ore, que pida á Dios por los bienhechores, y en todo consiste su fuerza y su vida.

¡Y qué gloria no da á Dios la pobreza! Hállase en un todo conforme, resignada y hasta contenta con su estado, por ser Dios quien en ese estado la ha colocado; se sirve de todo lo que la constituye y

acompaña para ofrecerlo á Dios en homenaje; da gracias á Dios, así en los accidentes favorables como adversos; adora la majestad divina en todas las cosas; ama á Dios con amor más puro, más intenso que los demás estados; la santa voluntad del Señor es su riqueza; se abandona á su paternal providencia, ora se manifieste por la misericordia ó la bondad, ó bien se ostente por la justicia y el rigor. *Jacta Dominum curam tuam et ipse te enutriet*: ¡El pobre sobrenatural es de Dios!

¡Oh y cuántos encantos tiene esa pobreza que hace que amemos á Dios sobre todas las cosas! Es hermosa la pobreza cristiana; ¡pero es más bella todavía la pobreza religiosa, que honra á Dios entregándolo todo, renunciándolo todo por su bondad. La opulencia y los goces que de ella dimanaban perdieron al hombre, y la pobreza le realza y le hace feliz. Pero, sobre todo, ¡qué admirable, qué sublime es la pobreza de Jesús en el Santísimo Sacramento, donde se despoja de toda su gloria, de todo bien natural, de toda libertad! Allí vive de la caridad del hombre, está á merced de él; ¡éste es el verdadero amor!

Así, pues, todo aquel que quiera ser santo debe ser pobre de espíritu, de afecto, y, para llegar á ser un gran santo, hay que ser pobre de afecto y de estado; la perfección, la santidad consisten en preferir siempre tener poco á tener mucho, poseer menos á poseer más, en simplificar la vida reduciendo sus goces á la menor expresión, al menor número, en empobrecerse por amor á Jesucristo, en hacer de Jesús pobre el modelo de nuestra pobreza, la ley de nuestra vida interior y exterior, en reproducir, finalmente, la vida de Jesús en nosotros.



## III

Consideremos la pobreza espiritual de Jesucristo: es la corona y la vida de la virtud de la pobreza.

Nosotros nada sabemos; por tanto, debemos callarnos y escuchar. Jesucristo, que todo lo sabía, puesto que era la inteligencia del Padre y su Verbo divino, guardó silencio durante la mayor parte de su vida, como si hubiese sido un completo ignorante. ¡Oh, qué difícil es para nosotros mostrarnos pobres bajo este respecto! ¡Nosotros estamos siempre henchidos, siempre llenos de vanidad espiritual!

Jesús poseía todas las virtudes en el más alto grado, y, sin embargo, declaraba que no tenía nada propio. Nosotros no abrigamos en realidad de verdad nada bueno en nuestro corazón; para con Dios somos secos, áridos, como una piedra ó como una bestia de carga; nuestro corazón no sabe articular palabra en su presencia; nuestro corazón no produce sino zarzas y espinas; ¿tenemos, pues, algo de qué enorgullecernos? ¡Qué pobre es la tierra que no produce sino cardos!

Jesús podía practicar toda obra buena, era capaz de todo bien; sin embargo, todo lo espera de su Padre.

Nosotros somos capaces de muy pocas cosas para el bien; nuestra pobreza en este sentido es más notable todavía, pues hemos hecho mucho mal, poco bien, y aun esto poco bueno que hayamos practicado lo hemos mezclado con muchas imperfecciones.

He aquí nuestra pobreza interior; hay que hacer de ella una virtud. Para esto debemos acudir á Nuestro Señor Jesucristo mediante ese estado de pobre-

za; debemos practicar los actos de esa virtud, como un hijo que es débil, ignorante, torpe, que todo lo mancha y estropea, pero que, sin embargo, vive en paz consigo mismo y se siente feliz al lado de su madre, aquella madre que es toda para él; sea, pues, la virtud de Jesús toda nuestra riqueza. El pobre ordinariamente vive sin recursos, sin ciencia, sin influencia de ningún género; á pesar de esto, vive tranquilo en su estado; ama sus harapos, que son sus títulos elocuentes á la caridad del rico; si tiene llagas, las muestra con cierta complacencia: hace de estas miserias el patrimonio de su vida.

Pues Nuestro Señor Jesucristo, ¿no es mejor y más tierno que una madre? ¿No es nuestra dulce providencia, nuestra luz y nuestro todo? Sirvámonse, pues, en espíritu de pobreza, con la verdadera humildad de corazón; quedemos sin defensa en el mundo; Jesús en el Sacramento no la tiene; un pobre tampoco. ¿Quién no admirará la pobreza interior y exterior de Jesús, María y José?

Un pobre nada tiene, nada significa, nada puede por sí mismo, nada sabe para los demás, pues de otro modo sería riquísimo, pues los bienes del espíritu son mucho más apreciables que los del cuerpo, que los temporales, y es más glorioso poder dar algunos consejos que unas cuantas monedas.

La pobreza interior, así entendida, viene á ser en nosotros el remedio á las tres concupiscencias; ataca á la vanidad, al ansia de saber más y más y á la sensualidad del espíritu; convezámonos de que somos pobres de espíritu, de corazón, de energía, de constancia, de fuerza, y entonces la pobreza vendrá á ser natural en nosotros; será nuestro estado; desearemos depender en todo de Dios: de su luz para



nuestro espíritu, de su gracia para nuestra voluntad, de su amor para nuestro corazón, de su cruz para nuestro cuerpo.

Mas para que esta pobreza se nos presente amable y digna, es necesario verla y amarla en Nuestro Señor Jesucristo, que es tan pobre en el Sacramento, y que nos repite sin cesar: *Sine me nihil potestis facere*. Sin mí nada podéis, nada tenéis: yo soy vuestra única riqueza, no busquéis otra ni en vosotros ni fuera de vosotros.

#### IV

¿De dónde proceden nuestros pecados contra la pobreza, si á ella estamos obligados por nuestro estado y la antipatía que experimentamos de ser conducidos á ella por medio de la pobreza de afecto si nos hallamos en el mundo?

Proceden desde luego de la vanidad: se quiere siempre en las cosas de uso ordinario lo bueno, lo hermoso; se busca siempre lo mejor, lo más fino y delicado, lo más costoso y brillante, con el pretexto muchas veces de que esto dura más: mejor fuera consultar al Señor y al espíritu de pobreza, y un acto de esta virtud nos sería más útil que toda esta pretendida economía.

También la sensualidad nos arrastra á violar el espíritu de pobreza, por los cuidados exagerados que nos tomamos ¡Cuántas precauciones contra el más insignificante malestar! ¡Ah! La naturaleza, en muchos, teme más la pobreza que la humildad, la modestia ó cualquiera otra virtud.

Debemos, pues, entrar resueltamente en el camino

de la pobreza, si queremos imitar á Jesús: que trate cada cual, según su condición, de prescindir algún tanto de la elegancia y del boato en las cosas de su uso; que todo lo que adquiramos ó aceptemos ofrezca un homenaje á la santa pobreza de Jesucristo Nuestro Señor.







## LA NATIVIDAD Y LA EUCARISTÍA

---

*Hodie parvulus natus  
est nobis.*

«Hoy nos ha nacido un  
niño.»

(Isa., IX, 6.)

**Q**ué fiesta tan amable la del Nacimiento del Salvador! La saludamos siempre con regocijo. Revive por nuestro amor y se continúa en la Eucaristía. Las relaciones entre Belén y el Cenáculo son inseparables, completándose mutuamente. Vamos á estudiarlas ahora.

### I

La Eucaristía se sembró en Belén. ¿Qué es la Eucaristía sino el trigo de los elegidos, el pan vivo? Ahora bien, el trigo se siembra; se necesita que se deposite en la tierra, que germine, que madure, hasta que, una vez segado, se muele para hacer de él pan nutritivo.

Al nacer hoy sobre la paja del establo, el Verbo



divino preparaba su Eucaristía, que Él consideraba en todos sus misterios como complemento de los mismos. El venía á unirse al hombre: durante su vida había de establecer con Él la unión de gracia, de ejemplos y de méritos; pero sólo en la Eucaristía había de consumar la unión más perfecta de que el hombre es capaz aquí en la tierra. No debemos perder de vista este pensamiento divino, este objeto que se propuso Jesucristo Nuestro Señor, si queremos comprender el plan divino: unión de gracia por los misterios de su vida y muerte; unión de cuerpo y persona en la Eucaristía, preparando una y otra la consumación de la unidad en la gloria.

Así como el viajero que se ha propuesto un fin determinado no lo pierde jamás de vista, y todos sus pasos se dirigen á la consecución de este fin, así Jesús, durante toda su vida, preparaba en secreto y por adelantado la Sagrada Eucaristía.

Ese trigo celestial es como sembrado en Belén, *casa de pan*; vedle sobre la paja; esta paja está pisoteada, destrozada, representa á la pobre humanidad; esta paja es estéril de suyo; Jesús la levantará de nuevo, le devolverá la vida y la hará fecunda: *Nisi granum frumenti cadens in terra*: ved ya sembrado ese grano divino. Sus lágrimas son la humedad que lo hará germinar, y llegará á ser hermoso. Belén se halla situado sobre una colina que mira á Jerusalén. Cuando esta espiga esté madura, se inclinará hacia el Calvario, donde será molida y sometida al fuego del sufrimiento para que se convierta en Pan vivo.

Los reyes irán á comer de este Pan, y hará sus delicias: *Panis Aser, deliciae regnum*. Pan que conviene para las bodas reales del Cordero: *Currunt*

*Magi ad regales nuptias*. Los Magos en este pasaje representan las almas reales y dueñas de sí mismas, que se alimentan hoy de dicho Pan en el Sacramento.

Las relaciones del nacimiento del Salvador en Belén con la Eucaristía considerada como Sacramento, se encuentran también considerando la Eucaristía como Sacrificio.

En Belén nace un tierno corderillo. Jesús nace como el cordero en el establo, y como él no conoce más que á su Madre. Ofrécese ya al sacrificio: su primer grito es éste: *Hostias et oblationes noluiti, corpus autem aptasti mihi*. Padre, ya no queréis víctimas ni sacrificios de la antigua Ley, sino que me habéis dado un cuerpo; heme aquí. Este cuerpo es la condición para ser inmolado; Jesús lo ofrece á su Padre. Este Corderillo irá creciendo alrededor de su Madre, y ella conocerá á los cuarenta días el secreto de su inmolación. Ella le alimentará con su leche pura y virginal, y le guardará para el día del sacrificio. Y de tal modo se grabará sobre Jesucristo este carácter de víctima que, cuando en el primer día de su vida pública será visto por San Juan Bautista, éste no sabrá designarle sino con el nombre de Cordero divino: *Ecce Agnus Dei, qui tollit peccata mundi*.

El sacrificio comenzado en Belén se consume sobre el altar en la santa Misa. ¡Ah, y qué conmovedora es la Misa de media noche en el mundo cristiano! Se la saluda con mucha anticipación, y siempre se asiste á ella con júbilo. ¿Y qué es lo que comunica á nuestra fiesta de Navidad tantos atractivos reflejados en alegres cantares y en el transporte de nuestros corazones, sino que sobre el altar, Jesús re-



nace realmente, aunque en diferente estado? ¿Nuestros cantos y nuestros homenajes no van directamente á su misma persona? El objeto de nuestra fiesta como de nuestro amor está allí presente: nosotros vamos realmente á Belén, y allí encontramos, no un recuerdo, no una imagen, sino al mismo divino Niño.

Ved, además, cómo la Eucaristía empieza en Belén: es que ya el *Emmanuel* viene á habitar en medio de su pueblo; comienza hoy á vivir entre nosotros, y la Eucaristía perpetuará su presencia. Allí el Verbo se hace carne; en el Sacramento se hace pan, para darnos á comer su carne sin que tengamos repugnancia.

Allí también, en Belén, dan principio las virtudes del estado sacramental.

En efecto, allí oculta ya su divinidad, para familiarizar al hombre con Dios; allí cubre su gloria divina, para llegar gradualmente á ocultar también su humanidad; allí refrena su poder mediante la debilidad de sus miembros infantiles; más tarde lo encadenará bajo las santas especies; allí es pobre, se despoja de toda posesión, él que es Criador y Dueño soberano de todas las cosas; el establo no es suyo, se le ha cedido de limosna; vive con su Madre de las ofrendas de los pastores y de los dones de los Magos; más tarde, en la Eucaristía pedirá al hombre un sitio donde albergarse, la materia de su Sacramento; una vestidura para su ministro y su altar. He aquí cómo Belén nos anuncia ya la Eucaristía.

Allí encontramos también la inauguración del culto eucarístico en su principal ejercicio: la adoración.

María es la primera adoradora del Verbo encarnado; José, su primer adorador. Ellos creen firme-

mente: su fe es su virtud. *Beata est Maria, quae credidisti.* Es la adoración de la virtud.

Los pastores y los Magos adoran juntamente con María y José.

María se consagra enteramente al servicio de su Hijo; atiende con diligentísima solicitud á sus necesidades, y previene sus menores deseos para satisfacerlos. Los pastores ofrecen sus dones sencillos y rústicos; los Magos sus presentes magníficos: es la adoración del homenaje.

La Eucaristía será también el punto de cita de todas las condiciones y clases sociales, el centro del mundo católico. Se le tributará este doble culto de adoración: adoración interior de fe y de amor; adoración exterior por la magnificencia de los dones, de las iglesias, de los tronos en que aparecerá el Dios eucarístico.

## II

El nacimiento del Señor me sugiere otro pensamiento. Los ángeles anuncian á los pastores aquel acontecimiento con estas palabras: «Hoy os ha nacido un Salvador.» *Hodie natus est vobis Salvator*, que es como si dijeran: Hoy comienza un nuevo mundo; la obra de Adán va á ser destruída y reemplazada por una obra de restauración divina. Hay dos á quienes cuadra el nombre de Adán, padres cada uno de un gran pueblo. El primer Adán, terrestre, padre del mundo degenerado, *de terra terrenus*, y el segundo Adán, padre del mundo regenerado, *de coelo coelestis*. Ahora bien; el segundo viene á restablecer todo aquello que el primero había destruído. Mas notad bien que esta restauración no se



verifica cumplidamente aquí en la tierra sino por medio de la Eucaristía.

El punto capital del pecado de Adán, como la piedra angular de la tentación diabólica, se encerraba en estas palabras: *Seréis como dioses*, y en el sentimiento de orgullo que por ellas concibió Adán.

¡Seréis semejantes á Dios! ¡Ay! ¡Y vinieron á ser semejantes á las bestias! Pues bien; Nuestro Señor Jesucristo viene á reproducir, á repetirnos las promesas de Satanás; pero para cumplirlas. Satanás será cogido en sus propias redes. Sí, nosotros seremos semejantes á Dios, por alimentarnos con su Carne y su Sangre.

*No moriréis*. La inmortalidad; nosotros recibimos una prenda segura de ella en la comunión: «Aquel que come mi Carne y bebe mi Sangre, tiene la vida eterna, y yo le resucitaré en el último día.» Jesucristo nos promete la vida eterna: la temporal se pierde; pero ésta no es una vida que merezca tal nombre, no es más que una etapa, una jornada para llegar á la verdadera vida.

*Seréis semejantes á Dios*. Se cambia de estado ascendiendo á una unión más perfecta; una hija del pueblo llega á ser reina, cuando un rey la elige por esposa. Ahora bien; Nuestro Señor nos asocia á su divinidad al comunicarse á nosotros; nosotros venimos á ser su Carne y su Sangre; recibimos la realeza celestial y divina del Criador. La naturaleza humana pasó á ser divina en la unión hipostática: pues bien; la comunión nos eleva también á la unión divina; nos hace partícipes de la naturaleza de Dios; el alimento menos escogido se convierte en nuestra substancia, y nosotros nos convertimos en la de Nuestro Señor Jesucristo, que nos absorbe y asimi-

la; venimos, pues, á ser miembros de Dios; y en el cielo seremos tanto más gloriosos, cuanto más nos hayamos transformado, convertido en Jesucristo, y cuanto más nos hayamos asimilado á Él por nuestra frecuente participación de su Cuerpo adorable.

En fin, *vosotros lo sabréis todo*, dijo el demonio. El mal, sí; el bien, no ciertamente. ¿Dónde se aprende esta ciencia divina del bien si no es en la comunión? Oid lo que dice Jesús á sus Apóstoles, después que se ha comunicado á ellos: «No os diré ya mis siervos, sino mis amigos; pues todo lo que aprendí de mi Padre, os lo he revelado.» En la Eucaristía la ciencia nos es enseñada por el mismo Dios, que se constituye en nuestro inmediato y particular maestro: *Et erunt omnes docibiles Dei*. Ya no nos envía profetas, Él mismo es nuestro Doctor y Maestro. Lo sabréis todo, porque Él es la Ciencia divina, increada é infinita.

He aquí cómo la Eucaristía pone fin y remate á la restauración iniciada en el Pesebre. Regocijaos, pues, en este hermoso día, en que empieza su carrera el Sol divino de la Eucaristía. Que vuestra gratitud no separe nunca el Pesebre del Altar, el Verbo hecho carne del Hombre-Dios hecho Pan de vida en el Santísimo Sacramento.

